

# FIDELIDAD SENTIMENTAL Y CATARSIS AMOROSA EN EL CICLO DE *AMADÍS DE GAULA*<sup>1</sup>

José Julio MARTÍN ROMERO  
*Universidad de Jaén*

## 1. POLÉMICAS SOBRE LA ACTITUD AMOROSA DE LOS HÉROES AMADISIANOS

En el primer capítulo del *Quijote* se alude a los encendidos debates entre el hidalgo manchego, el cura y el barbero sobre quién fue el mejor de los caballeros andantes<sup>2</sup>. Esta discusión cervantina es un interesante reflejo de las controversias que a buen seguro los hechos y personajes de obras caballerescas generaban entre los lectores coetáneos. La lectura de estos libros no dejaba indiferente a nadie; la enorme diversidad temática de sus páginas satisfacía a todo tipo de público; es fácil imaginar que estos lectores vivían de tal manera la ficción caballerescas que llegaban a opinar sobre sus protagonistas casi como si no se tratara de mera fabulación sino de realidad histórica. Cabe pensar que no todos se mostraban de acuerdo con el comportamiento de los personajes de estos libros, y que, por tanto, se establecían entre los hombres y mujeres del siglo XVI apasionados debates sobre estas obras, debates como el que Cervantes narra al inicio de su gran novela.

---

<sup>1</sup> Este trabajo se ha realizado en el marco del proyecto *Gran Enciclopedia Cervantina-Versión Digital*, proyecto concedido por el Ministerio de Educación con referencia: HUM2006-06393, y dentro de las actividades del grupo de Investigación de la Universidad de Alcalá-Comunidad de Madrid «Seminario de Filología Medieval y Renacentista» con referencia.

<sup>2</sup> “Tuvo muchas veces competencia con el cura de su lugar –que era hombre docto, graduado en Sigüenza–, sobre cuál había sido mejor caballero: Palmerín de Ingalaterra o Amadís de Gaula; mas maese Nicolás, barbero del mismo pueblo, decía que ninguno llegaba al Caballero del Febo, y que si alguno se le podía comparar, era don Galaor, hermano de Amadís de Gaula, porque tenía muy acomodada condición para todo; que no era caballero melindroso, ni tan llorón como su hermano, y que en lo de la valentía no le iba en zaga”, Miguel de Cervantes Saavedra, *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*, ed. de Florencio Sevilla Arroyo y Antonio Rey Hazas, Alcalá de Henares, Centro de Estudios Cervantinos, 1994, p. 32.

Silva hubo de conocer este tipo de polémicas entre sus lectores; y quizá estas polémicas pudieron inspirar alguna escena en sus textos amadisianos, como aquellas en las que los personajes analizan de manera retrospectiva un determinado hecho, normalmente alguna de las complejas historias sentimentales en las que se ven enredados los personajes de estos libros.

Esto sucede, por ejemplo, en la divertida conversación que mantienen el príncipe Anastarax y una doncella a la que acaba de rescatar, en la *Cuarta parte de Florisel de Niquea* (1551)<sup>3</sup>; esta conversación recorre parte de la trayectoria sentimental de don Florisel; se recuerda su vida pastoril, tal como se narra en los capítulos finales de *Amadis de Grecia* (1530) y en los iniciales de la primera parte de *Florisel de Niquea* (1532). En su mocedad este caballero se enamoró perdidamente de la pastora Silvia, ignorando que la dama era en realidad su propia tía. Ella, que también desconocía su alto origen, desdeñaba toda proposición amorosa, incluso la del desventurado Florisel, que llegó a vivir como pastor con el único propósito de estar cerca de su amada. El amor del caballero era tan puro que, a pesar de su pasión, aceptó los límites impuestos por la honestidad de Silvia.

Precisamente la conversación entre Anastarax y la anónima doncella a la que acaba de liberar gira en torno al respeto con el que Florisel siempre trató a Silvia. Al contrario de lo que pudiera pensarse, la doncella no ve con muy buenos ojos ese desmesurado respeto a la dama:

Ora no me digáis nada desso –dixo ella–, que todo el mundo no me quitará de la cabeça que no fue para poco don Florisel, porque en tan larga conversación, ¿qué aviso podía aver en una donzella, con tanto aparejo de lugar y tiempo, junto con la bondad y hermosura con estado de tal príncipe como don Florisel?, sino que él devía de aguardar a que ella le desembolviesse a él, según devía estar atado y empachado y para poco<sup>4</sup>.

El héroe, en lugar de ser elogiado por su cortesía, es considerado torpemente retraído con las mujeres (“atado y empachado y para poco”). La doncella reitera esta idea cuando habla de un hijo secreto que este caballero ha tenido bajo los efectos de un encantamiento en una princesa, pues concluye: “Ansí

<sup>3</sup> La escena pertenece a la *Cuarta parte de Florisel de Niquea* (libro segundo, capítulo 90, fols. 158r-160r).

<sup>4</sup> Utilizo el ejemplar R-13.149 de la Biblioteca Nacional de Madrid que conserva la edición de Salamanca (Andrés de Portonaris, 1551), del primer libro, y la de Zaragoza (Pierrez de la Floresta, 1568) del segundo. Cita en (159vb) del segundo libro.

lo creo yo, dixo ella, que para cavallero tan atado como don Florisel menester son encantamentos y más encantamentos para lo poder desembolver”<sup>5</sup>.

La dama se refiere al engaño de Florisel por parte de la princesa Arlanda; la historia se narra al inicio de las dos primeras partes de *Florisel de Niquea* (1532): Arlanda se enamoró perdidamente de Florisel, que la rechazaba, pues sentía un profundo amor por la pastora Silvia; Arlanda decidió entonces suplantarla y, de esta manera, gozar de los favores del héroe; éste cayó ingenuamente en la trampa y, creyendo que por fin su amada lo había aceptado como amante, satisfizo los deseos de la mujer, de resultas de lo cual quedó encinta de Florarlán, que fue criado secretamente (si bien no tanto que su existencia no haya llegado a oídos de la citada doncella). Aunque en el texto no se señala la intervención mágica en este engaño, se presupone que los sabios encantadores facilitan en estos libros la trayectoria vital de los protagonistas. En cualquier caso, la alusión a la magia le sirve a la doncella para burlarse del carácter retraído de Florisel con el sexo opuesto, pues piensa que, de no haber mediado el arte mágica –necesitaba “encantamentos y más encantamentos para lo poder desembolver”–, el caballero no hubiera osado jamás acercarse a la dama.

La libertad sexual que defiende esta doncella se contradice con la astucia con la que había logrado salvarse del ataque de tres lascivos caballeros que intentaban violarla: se escapó y se subió a un árbol al que ellos, armados pesadamente, no podían trepar; tan sólo pudieron pedir a su escudero que intentara capturarla; ella, bien provista de la fusta de su palafrén, se defendía del escudero, momento en que acudió en su auxilio Anastarax. Esta contradicción es percibida claramente por el héroe; cuando éste se lo hace notar, ella responde que no conocía en absoluto a esos tres caballeros, a los que, además, califica de “feos”. El héroe aprovecha para señalar la honestidad de Silvia, que supo resistir los avances (más bien lentos, eso sí, como había dicho la doncella) de Florisel, un caballero apuesto, cortés y de alto linaje. Pero es que la doncella no critica la actitud de Silvia, sino la de Florisel.

Las críticas a la timidez sexual de este personaje aparecen en otras ocasiones en los textos de Silva. En su andadura caballeresca, Amadís de Grecia se encuentra con una doncella llamada Cancilla<sup>6</sup>. Una vez más la actitud erótica de Florisel es objeto de críticas negativas; esta vez, la doncella censura que este héroe rechazara a Arlanda: “y ansí Dios me salve, si es verdad, sandez nunca vi, ni

<sup>5</sup> *Ibid.*

<sup>6</sup> La escena se narra en el capítulo 80 del segundo libro de la *Cuarta parte de don Florisel de Niquea*, fols. 140va-143ra.

hermosura más mal empleada; que para donzella o para dueña sobra tanta lealtad, cuanto más para cavallero, siendo requerido de tan alta donzella” (fol. 141ra). Y, para mayor escándalo de Cancilla, Florisel es reincidente en su actitud: “Porque dizen que de más hermosas reinas e infantas á sido requerido que si él fuera donzella y ellas cavalleros, donde tan poco provecho á salido a ellas como de su hijo, y lo mesmo dizen que á acaecido en sus padres y abuelos” (*Ibid*).

Estas doncellas tan poco amigas de la fidelidad no sólo critican a Florisel, sino a todos los miembros del linaje griego caracterizados –salvo contadas excepciones– por la lealtad a sus damas. Estas damas detestan la fidelidad amorosa, ya que impide que otras mujeres se beneficien de los encantos de los caballeros del linaje griego, el único linaje tan extraordinariamente fiel: “Ansí Dios me vala, dixo ella, no me parece mal ser leales, más paréceme ser sandez y bobería, si son requeridos, tornarse donzellas, porque nunca tal oí sino es en este linaje de nuestros emperadores” (fol. 141ra).

Tanto recato ante las damas no termina de convencer a las mujeres, que se burlan de ese comportamiento tan propio del linaje amadisiano, al que pertenecen héroes que, en su opinión, no son más que timoratos que se han tornado “donzellas”, en palabras de Cancilla, o quienes, según la otra dama, servirían perfectamente como “eunucos”<sup>7</sup>. Cancilla insiste en el carácter femenino de estos héroes, ya que, como se afirma en los propios textos caballerescos, la dama nunca ha de tomar la iniciativa, lo que le corresponde al varón. Pues bien, estos héroes no sólo no toman la iniciativa, sino que rechazan a aquellas doncellas que intentan seducirlos. Estas damas que critican la actitud de Florisel y de los leales miembros de su linaje realmente lamentan que estos hermosos caballeros rechacen satisfacer a doncellas tan dispuestas al placer:

Lo que nos dizen es, dixo ella, que todos los del linaje del emperador Esplandián nuestro señor son estremados en armas y hermosura, sino que tienen una gran sandez (...), porque dizen que son tan leales a sus señoras, a quien aman, que no son más

---

<sup>7</sup> “yo os certifico que si tales como don Florisel pudiesse hallar y los de su linaje –si no fuesse Amadís de Grecia y el rey don Galaor y el emperador don Rogel, y salvo si con la desigual hermosura de Arquisidea se á mudado la condición, según dicen– si fuera yo de los reyes que hazen servir a sus mugeres con eunucos, que no los buscara mejores” (159vba). Como teme esta doncella, el amor por Arquisidea ha logrado cambiar a Rogel de Grecia, el más casquivano de los héroes de su linaje; en el caso de Galaor, su matrimonio no conseguirá nunca que abandone su tipo de vida. Por su parte, quizá no sea del todo justo considerar infiel a Amadís de Grecia (me permito disentir del personaje de Feliciano y participar, como los lectores del siglo XVI, en las polémicas sobre los héroes caballerescos).



de para amar en un solo lugar, de suerte que no ay dueña ni donzella que de su hermosura reciba provecho. (fol. 140vb)

La fidelidad proverbial propia de (casi) todos los miembros del linaje amadisiano se repite en otras ocasiones; frente a esta actitud, Cancilla defiende una postura distinta: “Saber amar en más de un lugar y no estar hecho bestia en una sola parte” (fol. 141rb). La verdad es que el comportamiento posterior de Cancilla, que convence a su señora para que ofrezca su amor a Amadís de Grecia, al que aloja en su castillo, es una prueba más del carácter desenfadado de la dama, alejado de la defensa de la honestidad de heroínas como, por ejemplo, Silvia. En realidad, Cancilla se acerca, al menos en sus normas de comportamiento, a la figura de las doncellas lascivas, que defienden su libertad a la hora de tomar la iniciativa sexual<sup>8</sup>.

No obstante, no siempre se critica la lealtad amorosa; otras veces se reprochan las infidelidades de los héroes, con especial énfasis en la actitud desleal de Amadís de Grecia (“Por cierto para con vós, él á cobrado muy mala fama de desleal, a causa de las dueñas y donzellas. Y, para tal cavallero como él, dizen que esse era gran mal aver hecho tal deslealtad”, fol. 159rb).

Se hace referencia a la atormentada vida sentimental de este héroe, que se narra en el *Amadís de Grecia* (1530). El caballero se enamoró de la hermosa Lucela, con quien mantuvo, siempre dentro de los límites de la honestidad, una bella historia de amor semejante a las de otros héroes amadisianos fieles a sus damas. Pero la vida (o, por mejor decir, Feliciano) le tenía reservada una sorpresa al héroe (y, por tanto, al lector), pues de improviso apareció una segunda dama, Niquea, que se había enamorado de oídas del héroe y había enviado a un enano, llamado Busendo, como mensajero de su amor. El héroe también se enamoró de oídas de la dama. Cuando contempló en un pergamino los retratos de Lucela y de Niquea, comprobó que la hermosura de ésta era muy superior y no pudo evitar sentir una profunda pasión por ella. El proceso de enamoramiento, no obstante, presenta sus altibajos, de manera que cada vez que se reencontraba con Lucela, sus sentimientos por esta dama renacían y parecía olvidar los que había despertado en él Niquea. Sin embargo, Lucela empezó a tener motivos de sospechas en diversas ocasiones, como cuando el héroe no se atrevió a probar una aventura mágica que determinaría si

<sup>8</sup> Vid. José Manuel Lucía Megjás y Emilio J. Sales Dasí, “La otra realidad social en los libros de caballerías (II): damas y doncellas lascivas”, en Rafael Alemany, Josep Lluís Martos y Josep Manzanaro (eds.), *Actes del X Congrés Internacional de l'Associació Hispànica de Literatura Medieval*, Alicante, Institut Interuniversitari de Filologia Valenciana, 2005, vol. II, pp. 1007-1022.

había sido leal en amores, o en otra prueba en la que se evidenciaba el verdadero amor de un determinado caballero y en la que el héroe, acompañado de Lucela, observó no a ésta sino a Niquea; este caballero intentó salvar la situación mintiendo: afirmó que se trataba de una imagen de Venus, mentira piadosa que Lucela creyó ingenuamente. Finalmente la pasión de Amadís de Grecia por Niquea le llevó a pedir su mano y, de esta manera, abandonó definitivamente la historia sentimental con su primer amor.

Amadís se ve desgarrado durante buena parte de su historia entre estos dos amores hasta que se decide finalmente por Niquea, pero no por ello olvida del todo a Lucela, de forma que, incluso en las siguientes partes del ciclo amadisiano, este héroe va a sufrir por el recuerdo de ese primer amor.

Pues bien, la deslealtad de este caballero con Lucela también es censurada por otros personajes del texto (esto es, intradiegeticamente). Lo sorprendente es que quien censura su comportamiento es precisamente la doncella rescatada por Anastarax, la misma doncella que tan mal veía la excesiva lealtad de Florisel. Ante estas críticas, Anastarax defiende a Amadís de Grecia y justifica su actitud achacándola a encantamientos, lo que tranquiliza a la dama. Frente a esta doncella, un tanto incoherente, Cancilla hace gala de una actitud mucho más desvergonzada, ya que defiende, como he dicho, “saber amar en más de un lugar” y, aunque diga que no le “parezca mal ser leales”, añade, en clara contradicción, que no entiende cómo se puede rechazar el amor que ofrece una hermosa dama.

Probablemente estos debates sobre los héroes en los textos de Silva reflejan controversias históricas entre los lectores contemporáneos, algunos de los cuales defenderían una visión idealizada del amor, mientras que otros no verían con buenos ojos el recato y la fidelidad que impedían numerosos encuentros sexuales en los libros de caballerías. Recordemos que el barbero cervantino prefería precisamente a dos caballeros que se caracterizaban por su escasa lealtad amorosa: el Caballero del Febo, que, al igual que Amadís de Grecia, olvidó su primer amor (Lindabridis) por otra dama a la que conoció posteriormente (Claridiana), y Galaor, de insaciable apetito sexual. Es más, las razones por las que defendía a este último consistían en que no era ni tan “llorón” ni “melindroso” como su hermano, en clara alusión a su carácter más “rijoso” que cortés.

Quizá Silva –al igual que Cervantes– deseaba reflejar en su obra las polémicas sobre los hechos y actitudes de sus héroes, de manera que todos los lectores pudieran reconocer sus opiniones en las páginas de las obras que leían.

## 2. DIVERSOS COMPORTAMIENTOS SENTIMENTALES EN LOS HÉROES AMADISIANOS

La fidelidad no es tan frecuente en los libros de caballerías como afirman las historias de la literatura que para caracterizar el género se basan exclusivamente en la obra de Montalvo. La casuística amorosa de estos textos presenta una gran diversidad, incluso en un único ciclo o un mismo autor. No obstante, pueden descubrirse una serie de actitudes sentimentales tipificadas siempre abiertas a la variación propia de un género tan dinámico como el caballeresco. En el caso de la serie amadisiana se observan al menos tres tipos de comportamiento amoroso<sup>9</sup>.

En primer lugar se encuentra el amante perfecto y eternamente fiel, con Amadís de Gaula a la cabeza, seguido por algunos de sus sucesores (Esplandián, Lisuarte de Grecia). Su amor se caracteriza por la lealtad; su fidelidad amorosa “es consustancial a su amor”, como afirma Ruiz de Conde<sup>10</sup>. El héroe se enamora profundamente de una doncella a la que será fiel de por vida. Su amor sigue en muchos casos las normas del amor cortés: secreto, obediencia a la dama, humildad ante ésta, etc.<sup>11</sup> El caballero se considera vasallo de su doncella, y, como tal, le debe servicio amoroso. Son bien conocidas las palabras del texto de Montalvo que definen el amor eterno que Oriana despierta en Amadís (y viceversa); cuando la madre de la doncella dispone que el héroe sirva a su hija, éste asume esas palabras como referidas al servicio amoroso:

El Donzel tovo esta palabra en su corazón de tal guisa que después nunca de la memoria la apartó, que sin falta, así como esta historia lo dize, en días de su vida no fue enojado de la servir y en ella su corazón fue siempre otorgado, y este amor le turó quanto ellos turaron, que así como la él amava así amava ella a él, en tal guisa que una hora nunca de amar se dexaron<sup>12</sup>.

<sup>9</sup> Sobre los diversos conceptos de amor en los libros de caballerías, *vid.* José Julio Martín Romero, “Del *fin’ amors* al neoplatonismo: amor y caballería en la narrativa caballeresca hispánica”, *Tirant*, 11 (2008), pp. 119-142.

<sup>10</sup> Justina Ruiz de Conde, *El amor y el matrimonio secreto en los libros de caballerías*, Madrid, M. Aguilar, 1948, p. 196. Esta investigadora considera que: “Amadís no siente la llamada de ninguna otra mujer, por hermosa o apetecible que sea. Es monógamo de naturaleza, lo mismo que podía haber sido chino de nacimiento”, es más, “la fidelidad le causa placer a Amadís” (*Ibid.*).

<sup>11</sup> Ruiz de Conde, *ob. cit.*, pp. 180-186.

<sup>12</sup> Garcí Rodríguez de Montalvo, *Amadís de Gaula*, Madrid, Cátedra, 1991, p. 269. Todas las citas de esta obra en el presente estudio proceden de esta edición.

Ninguna circunstancia justificará una posible infidelidad, como afirma Montalvo sobre Amadís en relación al episodio de Briolanja<sup>13</sup>. Tampoco se considera aceptable desobedecer a la dama, aun cuando ésta actúe de forma profundamente injusta, como cuando Oriana es víctima de celos injustificados y destierra a su caballero, que abandona por ello su identidad y adopta una nueva personalidad, Beltenebros, para vivir en penitencia por pecados de amor que no ha cometido; en ningún momento el caballero reprocha a su amada su injusta decisión; es más, la defiende con vehemencia cuando su escudero, con la intención de animar a su señor, censura los celos de la dama. Su extraordinaria fidelidad también quedará demostrada en diversas pruebas mágicas reservadas a los más perfectos amantes, como el “Arco de los Leales Amadores”<sup>14</sup>.

De igual manera se comportará Esplandián, si bien su amor surge inicialmente de oídas. El caballero expresa su amor eterno justo antes de encontrarse con su amada (“mi señora Leonorina, a quien yo todo el tiempo que la vida por ella me fuere otorgada con mucha voluntad tengo de servir”<sup>15</sup>). Además, el momento en que este héroe se encuentra con su amada refleja el enamoramiento súbito propio del amor de por vida<sup>16</sup>.

El hijo de éstos, Lisuarte de Grecia, seguirá los pasos de su padre y su abuelo al amar a Onoloria, aunque, a la muerte de ésta tomará una nueva esposa, Abra. Si bien Lisuarte no es infiel, sorprende que no guarde la “castidad vidual”, esto es, la memoria a su fallecida esposa, uno de los tres tipos de castidad –esto es, fidelidad– en la época<sup>17</sup>. De todas maneras, la impresión que le causa ver a su amada Onoloria resulta paralela a la que en su padre provocaron los comentarios sobre Leonorina. Y en ningún caso

<sup>13</sup> *Ed. cit.*, pp. 612-614. Sobre este episodio *vid.* los comentarios de Juan Bautista Valle-Arce, «*Amadís de Gaula*: el primitivo y el de Montalvo, México, FCE, 1990, pp. 163-166.

<sup>14</sup> “Por otra parte, esta exaltación de las cualidades de enamorados tiene su plasmación en unas pruebas mágicas, destinadas para los mejores y los elegidos. (...) En todas ellas la pareja ha destacado sobre los demás en su perfección amorosa, su fortaleza y su hermosura. Todas estas pruebas mágicas tienen unas características comunes, distribuidas estratégicamente en los momentos culminantes de los procesos narrativos, pudiendo considerarse como la exteriorización de la supremacía de las cualidades de la pareja” (Juan Manuel Cacho Blecua, “Introducción” a su edición de Garcí Rodríguez de Montalvo, *Amadís de Gaula*, Madrid, Cátedra, 1991, p. 126).

<sup>15</sup> Garcí Rodríguez de Montalvo, *Sergas de Esplandián*, ed. de Carlos Sainz de la Maza, Madrid, Castalia, 2003, p. 517. Sigo esta edición para todas las citas de la obra en el presente estudio.

<sup>16</sup> “Cuando Esplandián la vido, considerando en sí que en ella toda la beldad y apostura del mundo se encerrava, por poco se dexara caer en tierra sin sentido alguno. Mas el gran deleite que los ojos sentían en aquella vista, por la no perder, se sostuvo, y fincados los hinojos en tierra no sabía, con la gran turbación, qué dezir” (p. 519).

<sup>17</sup> Sobre los distintos conceptos de castidad y sus implicaciones en el Siglo de Oro, *vid.* José Julio Martín Romero, *Entre el Renacimiento y el Barroco. Pedro de la Sierra y su obra*, Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, 2007, pp. 110-120.

Lisuarte se muestra desleal a sus amores; su comportamiento no es censurable, como el de otros personajes que engañan y mienten a sus damas sin empacho alguno. Lisuarte demuestra en todo momento un amor puro por su esposa, incluso rechaza constantemente las proposiciones amorosas por parte de Abra, que siente por él una pasión desmesurada. Sólo después del fallecimiento de su esposa, el héroe decide unirse a la dama que tanto lo ha querido.

Por tanto, en el ciclo amadisiano son varios los caballeros que, siguiendo la estela de Amadís de Gaula, demuestran una extraordinaria fidelidad a sus damas y un amor fuertemente arraigado en su corazón. Este tipo de comportamiento es más propio de los primeros libros de la serie, los de Montalvo, así como el *Lisuarte de Grecia* (1514) de Feliciano de Silva, aunque no estará ausente en el resto del ciclo.

Frente a esta visión idealizada del amor, encontramos otros caballeros que se caracterizan por una vida sexual francamente libertina, como Galaor<sup>18</sup>. Ya desde el texto de Montalvo se caracteriza a este héroe como una especie de don Juan vitalista y feliz que se entrega con placer a los deleites de la carne. Claro está, el regidor de Medina del Campo no ve con demasiados buenos ojos esta actitud, como se evidencia en la manera cómo describe sus encuentros sexuales:

Y saliéndose fuera, Galaor folgó con la donzella aquella noche a su plazer, y sin que más aquí vos sea recontado, porque en los autos semejantes, que a buena conciencia ni a virtud no son conformes, con razón deve hombre por ellos ligeramente passar, teniéndolos en aquel pequeño grado que merecen ser tenidos (p. 354)<sup>19</sup>.

Con estas tales razones amorosas y de buen talante, y con las mañas de don Galaor, y con las de la dueña, que por ventura a ellas conforme eran, pusieron en obra aquello que no sin gran empacho deve ser en escrito puesto (p. 297)<sup>20</sup>.

---

<sup>18</sup> Sobre los aspectos eróticos y la libertad sexual en los libros de caballerías, *vid.* Emilio J. Sales Dasí, *La aventura caballeresca. Epopeya y maravillas*, Alcalá de Henares, Centro de Estudios Cervantinos, 2004, pp. 54-58.

<sup>19</sup> *Vid.* los interesantes comentarios de Cacho Bleuca en la nota 36 de la página 354, donde explica la aventura como iniciación sexual, culminación de su investidura.

<sup>20</sup> Décadas después, Feliciano de Silva también hablará de las “mañas” de otro seductor, Rogel de Grecia, pero aquí se deja claro que esas mañas eran compartidas con la dueña, mientras que en el caso que analizaré posteriormente, las “mañas” del caballero son necesarias para que seduzca a la doncella y alcance sus deseos eróticos.

Montalvo no quiere detenerse en aspectos poco ejemplares, y justifica su concisión con razones éticas. En otras ocasiones, aunque no añade justificación alguna, la rapidez con la que pasa por estos temas resulta bastante indicativa de lo incómodo que le resultaba mencionar las relaciones físicas:

Y aquella noche yugo don Galaor con Madasima, que muy hermosa y muy rica era, y hijadalgo, mas no de tan buen precio como devía (p. 557).

La donzella cató a Galaor, y viole tan hermoso y tan niño, que se maravilló de aquello que dél oía, y otorgóle su amor (p. 653).

Frente a esta actitud, Feliciano es mucho más prolijo en estos aspectos, seguramente para gozo de sus lectores. Galaor continúa con su vida licenciosa en las entregas amadisianas de Silva. Hasta en la *Cuarta parte de Florisel de Niquea* (1551) se narra cómo Galaor continúa con sus costumbres donjuanescas a pesar de su edad y de estar casado con la hermosa Briolanja. Así, no pierde oportunidad de seducir a lindas doncellas, eso sí, no siempre con éxito. Incluso en una ocasión una dama alude a su avanzada edad para rechazarlo. No obstante, el caballero poco después sí logra los favores de una donzella de un castillo en que se aloja<sup>21</sup>. Por todo ello, cuando otros personajes hablan de las actitudes eróticas de este héroe, mencionan su carácter de seductor: “Por sabiduría tendréis lo que hizo el rey de Sobradisa don Galaor, aunque es del linage que dizes (...), amar a cuantas lo querían amar” (fol. 141ra).

El público de la época hubo de gustar especialmente de la figura del caballero seductor, pues Galaor no sólo fue imitado por alguno de sus descendientes, sino que también hubo de influir en la creación de personajes de otros ciclos, como Floriano en el *Palmerín de Inglaterra*<sup>22</sup>.

Pero entre los mujeriegos destaca, sin ninguna duda, Rogel de Grecia, cuyo desenfado erótico es bien conocido y supera a todos

<sup>21</sup> Vid. el resumen de estas escenas en José Julio Martín Romero, *Cuarta parte de Florisel de Niquea (libro II)*, Alcalá de Henares, Centro de Estudios Cervantinos, 2005, p. 35.

<sup>22</sup> Vid. el análisis de este personaje en Ruiz de Conde, *El amor y el matrimonio secreto...*, pp. 253-260. La estudiosa vinculó esta figura con Galaor, pues Floriano es, como éste, hermano del héroe principal del libro: “Esta rebelión contra el culto exagerado de la mujer tiene su signo positivo en la creación, o al menos muy profunda modificación, de un personaje masculino del *Palmerín*: Floriano del Desierto, hermano del héroe principal con el cual compete en importancia. Ya Galaor, hermano de Amadís, encarna el enamorado ligero, inconstante, sensual; pero Moraes, con su Caballero de las Doncellas, le sobrepasa maravillosamente” (p. 253).

los de su linaje<sup>23</sup>. Este héroe no duda en intentar seducir –la mayor parte de las veces con éxito– a cuanta dama encuentra (aunque también es cierto que en ocasiones son las propias doncellas quienes toman la iniciativa amorosa).

A lo largo de las distintas entregas del ciclo, desde que aparece por primera vez en la *Tercera parte de Florisel de Niquea* (¿1535?), tiene encuentros sexuales con varias mujeres: Agresta, Oranda, Persea, Sardenia, Salderna, Sarcira y otras anónimas doncellas; con algunas de éstas incluso tiene hijos ilegítimos, como con Persea, en quien engendrará a Playartes de Fortemar, y Salderna, con quien tendrá a Argantes, sin que medie promesa de matrimonio (o matrimonio secreto) en ningún caso, lo que evidencia que para él no son sino un mero pasatiempo<sup>24</sup>.

Es más, el héroe parece tener clara la diferencia entre el simple galanteo con una doncella que no está a su nivel con el propósito de conseguir sus favores y la relación sentimental sería con una dama de alto linaje. Así, decide no cortejar a Briangia, ya que ha puesto su amor en Leónida, pero el amor (por cierto, no correspondido) que siente por ésta no le impide que sacie sus ansias eróticas con otras muchas damas.

Por tanto, la actitud de Rogel no es siempre idéntica, pues trata a cada doncella de una manera distinta atendiendo a su rango y valor. El análisis de sus escenas de seducción merecen un estudio más detallado y sobrepasaría los límites del presente estudio; me

<sup>23</sup> Este caballero lo definen con acierto Lucía Megías y Sales Dasí: “el personaje donjuanesco de Rogel de Grecia, amante empedernido e infiel que constantemente se deja llevar por la llamada del sexo (a la manera de Galván en la tradición artúrica). (José Manuel Lucía Megías y Emilio J. Sales Dasí, “La otra realidad social en los libros de caballerías (II): damas y doncellas lascivas”, p. 1011).

<sup>24</sup> “grandes y estrañas aventuras don Rogel acabó, creciendo tanto el amor con la conversación junto con el tiempo que uvo de venir a efecto sus amores y de la infanta Persea, de los cuales la cuarta parte hará mucha relación, junto con el estraño nacimiento de un infante que con estremo de bondad d’ellos nació, llamado por razón de su nacimiento don Playartes de Fortemar”, *Florisel de Niquea (Tercera Parte)*, ed. de Javier Martín Lalanda, Alcalá de Henares, Centro de Estudios Cervantinos, 1999, p. 490; todas las citas de esta obra en el presente estudio proceden de esta edición. Esteban Corbera, en su *Febo el troyano* (1576), creó un personaje que es, en buena medida, copia de Rogel de Grecia. Es más, varios de los capítulos protagonizados por este héroe son retomados de forma prácticamente literal por Corbera, que hace que los protagonistas precisamente Playartes. Vid. José Julio Martín Romero, “Introducción”, a su edición de Esteban Corbera, *Febo el Troyano*, Alcalá de Henares, Centro de Estudios Cervantinos, 2005, pp. IX-XXXIII (esp. XIX-XXII). Con respecto a la relación de Rogel con Salderna, es curioso que Feliciano señale que en realidad los amantes se consuelan mutuamente de otros amores, Salderna de su amor por Daraida, esto es, Agesilao disfrazado de doncella, y Rogel, del recuerdo de Persea: “El cual como la reina lo viesse, pagada de su estremada hermosura y él de la suya, fueron parte por el tiempo que estuvieron juntos de olvidar la reina a Daraida y don Rogel a Persea, gozando de sus amores, como al principio de la cuarta parte se haze relación, de donde salió de su ayuntamiento otro infante llamado don Argantes, estremado en bondad, que fue después rey de Galdapa, y por su fortaleza sojuzgó todos los reinos comarcanos y los tornó a la fe de Cristo, quitando la vanidad de los dioses”, *Florisel de Niquea (Tercera parte)*, p. 495.

limitaré a comentar la habilidad dramática de Silva, que logra momentos de fino humor, como cuando Rogel, que oculta su identidad a una dama llamada Sardenia, responde, cuando ésta le pregunta por su nombre, que es “el Vencido de Sardenia”, actitud que parece imitar las escenas de amor cortés que se desarrollan entre otros héroes fieles y sus damas<sup>25</sup>.

Rogel no sólo diferencia entre la seducción de damas a las que jamás pedirá su mano y el amor que siente por altas doncellas, sino que entre sus amoríos de pasatiempo también distingue atendiendo a los méritos y virtudes de cada una de ellas. La actitud ante Persea resulta bien distinta a la que toma con otras mujeres más dispuestas a satisfacer sus deseos. Es más, Rogel espera pacientemente ante las negativas de la dama e incluso se siente tímido, lo que a esas alturas no puede por menos que sorprender al lector que ha sido testigo de su infatigable vida amorosa, en ocasiones con descripciones que hubieron de despertar las iras de los moralistas de la época: “El la tomó en sus brazos, juntando su boca con la suya le decía muchas cosas de amor. E así la gozó toda la noche, passando muy dulces y amorosas palabras hasta cerca de la mañana”<sup>26</sup>.

En ocasiones la seducción se presenta en los textos de Feliciano como una cuestión de habilidad, un tipo de habilidad que este héroe posee en alto grado: “Y Rogel se supo dar tan buena maña que al tercero día gozó del amor de la donzella, y ella no menos fue leda de ser amada de tal cavallero”<sup>27</sup>. E incluso a veces se afirma la poca paciencia de Rogel, que se muestra capaz de tomar incluso lo que la dama no quiere ofrecerle, como en sus relaciones con una dama llamada Sarcira (“Y como esto dixo, contra voluntad d’ella tomó la prenda que para ser amado de tal donzella se suele tomar. Y ella quedó muy enojada por una pieça”<sup>28</sup>), aunque el caballero consigue inmediatamente reconciliarse con ella (“mas él le dixo tales razones, mostrándole tanto amor, que a gran solaz, como ella mucho lo amasse, passaron gran parte de la noche”<sup>29</sup>).

Pues sorprendentemente ese seductor empedernido se siente tímido ante las negativas de Persea, en la *Tercera parte de Florisel de Niquea* (¿1535?). Su comportamiento con ella se diferencia claramente del que tiene con otras doncellas; y es que esta dama, además de ser de alto linaje, actúa con una honestidad que detiene los avances eróticos de Rogel; la donzella le pide que si la ama

<sup>25</sup> *Florisel de Niquea (Tercera parte)*, p. 200.

<sup>26</sup> *Loc. cit.*, p. 201.

<sup>27</sup> *Loc. cit.*, p. 303. *Vid.* los comentarios de la nota 20, sobre el uso del término “maña” en los textos de Montalvo en situaciones parecidas a ésta.

<sup>28</sup> *Loc. cit.*, p. 371.

<sup>29</sup> *Ibid.*



verdaderamente no ofenda su honestidad (“Mi buen señor, suplicoos que con este favor no me neguéis la piedad que yo devo a mi honestidad y que vós me devéis por venir en vuestra guarda”, p. 480), palabras que tienen el efecto buscado. El héroe admira su virtud (“Don Rogel muy forçado del amor y por otra parte más de su virtud”, p. 480); pero lo curioso es que la explicación del autor resulta cuando menos ambigua:

Don Rogel que las palabras de la infanta oyó, de todo punto le quitaron la osadía para hazerle ninguna fuerça, como suele acaecer a los que mucho aman, que, con temor de enojar a aquellas a quien sirven, pierden los tiempos más aparejados para su gloria (p. 480).

Este caballero no se caracteriza, como hemos visto, por perder “los tiempos más aparejados para su gloria”, como sucede aquí. Otras veces ni siquiera espera a tener el permiso de la dama para cumplir su voluntad con ella (como en el caso de Sarcira). En realidad el héroe, aunque admire la virtud de Persea, se comporta de forma tímida precisamente porque teme enojar a esta dama, no sólo por respeto a su honestidad; las palabras de la doncella le llevan a pensar que es mejor esperar si quiere alcanzar sus objetivos eróticos con ella. Rogel, habilidoso como pocos en el arte de la seducción, sabe que ha de tratar a cada mujer de manera distinta para conseguir su amor. El héroe domina todas las estrategias de seducción y las pone en práctica.

El reflejo mágico de su agitada vida amorosa será la Aventura de Finisbel y Fenisbela que se relata al inicio del segundo libro de la *Cuarta parte de Florisel de Niquea* (1551). Un anciano viaja con los cuerpos incorruptos de dos príncipes, Finisbel y Fenisbela; cuando se les pone a éstos unos determinados capirotes, cualquier dama puede ver transformarse al príncipe en el caballero al que ame, y de su cuello salir todas las cabezas de las damas que éste haya amado (y, por su parte, cualquier caballero vería transformarse la princesa en su dama, y del cuello de ésta salir las cabezas de su amado, o de sus amados, si es que han sido varios). Claro está, Arquisidea, firmemente enamorada de Rogel de Grecia, verá cómo Finisbel se transforma en éste (y en su identidad paralela, el pastor Arquileo), y contemplará horrorizada el enorme número de mujeres que el seductor caballero ha amado, lo que causa una enorme “confusión en la emperatriz, viendo el príncipe

tornado en la figura de don Rogel y de su cuello salir tantas cabeças que como ramos toda la sala henchían” (fol. 3ra)<sup>30</sup>.

Rogel expresa su libérrima filosofía de la vida en algunas escenas en las que define la lealtad amorosa como una “sandez”. Así, en la *Tercera parte de Florisel de Niquea*, Rogel de Grecia comunica a su compañero Filisel de Monte Espín que va a intentar seducir a una doncella; cuando éste le reprocha su actitud infiel (le dice que no guarda “la lealtad que vuestros agüelos tuvieron en amar”, p. 301), él le responde que considera sandez “Por mucha lealtad de amor dexar de gozar de hermosas dueñas y donzellas en cuanto ellas me quisieren; que éste me semeja mejor seso, procurando cómo mi señora no lo sepa” (*Ibid.*), y se burla de la fidelidad de Filisel: “Ora quedad –dixo, riendo, don Rogel– contemplando en vuestra señora, en tanto que yo quiero amansar la contemplación de la mía en la pena que me da, si la pudiere templar con gozar d’esta donzella” (p. 302)<sup>31</sup>.

Las palabras de Rogel hacen explícita la misma actitud de Galaor, si bien en el caso de Rogel se incide más en la poca importancia que le concede a la fidelidad amorosa. Incluso habla de ocultar conscientemente la verdad a su señora. Su pensamiento es el mismo que el de las doncellas que criticaban la lealtad y monogamia de los miembros del linaje griego. Estos personajes coinciden en considerar necedad y sandez esta fidelidad, ya que impide el disfrute sexual.

No se puede por menos que calificar a Galaor y a Rogel de Grecia como mujeriegos, cuando no –como Cervantes calificó al primero de ellos– de rijosos. Siempre parecen estar dispuestos a deshacer las camas de todas las féminas que se encuentran en su deambular caballeresco. Su actitud erótica es diametralmente opuesta a la de héroes como Amadís de Gaula o Esplandián.

Pero entre estos dos polos, encontramos otro modelo de comportamiento: el caballero que siente un amor idealizado por una determinada dama, pero que falta a su primer amor cuando se enamora de otra doncella. El caso más representativo es el de Amadís de Grecia, que se comporta como un perfecto amador con Lucela, hasta que se enamora de la bellísima Niquea. Hasta que la

<sup>30</sup> Silva describe con claridad la impresión que esta visión causa en la emperatriz Arquisidea: “con cuya vista, pareciendo con la vista de tal espetáculo entrar de súbito en agua fría” (fol. 3ra).

<sup>31</sup> Esta fue una de las escenas integradas con apenas cambios por Esteban Corbera en su insólito *Febo el troyano*. Sin duda, a Corbera le parecía que la gracia y el humor del pasaje de Silva le iría bien a su libro. *Vid.* José Julio Martín Romero, “*Febo el troyano* [1576] de Esteban Corbera: la reescritura caballeresca de la materia troyana”, *Edad de Oro*, XXI (2002), pp. 443-449. Resulta especialmente curioso, como he dicho en nota 24, que Corbera hiciera que esta escena copiada de Silva fuera protagonizada por un héroe llamado Playartes, precisamente el nombre de uno de los hijos ilegítimos de Rogel.

segunda dama aparece en su vida, este caballero actúa de manera intachable. Es más, este héroe da muestras de un enamoramiento repentino parecido al de los caballeros fieles de su ciclo<sup>32</sup>. E incluso, inmediatamente después de haberla visto, cuando toma sus manos por vez primera presenta el mismo comportamiento erótico que sus antecesores en sus primeros encuentros con sus damas:

*Sergas de Esplandián*

*Lisuarte de Grecia*

*Amadís de Grecia*

Quando el Cavallero Negro ovo oído lo que el maestro Helisabad le dixo, y cómo essa tan alta y tan fermosa señora con tanta voluntad avía querido saber de su fazienda, y para se servir dél le embiava a llamar, súpitamente fue ferido en el corazón, no sabiendo cómo, de tan gran desmayo que la color y la habla por una pieça le hizo perder (...) (p. 194)<sup>33</sup>.

Lisuarte la miró, que esta era la más hermosa donzella que nunca vio, e como la miró el amor que a nadie perdona le penetró en tal manera que casi color en el rostro no le quedó; e sintiose tan vencido de sus amores que por poco estuvo de no se amortescer (...) <sup>34</sup>.

Cómo él sintió las manos de aquella tan excelente princesa en las suyas, estando ya su corazón herido de su hermosura fue tan turbado, que cayera en el suelo si la princesa no lo tuviera; mas tanto no pudo él hazer que con la gran turbación no se le cayesse la antorcha que en la mano hasta entonces avía traído (p. 88).

Sin embargo, a pesar de que estos inicios sentimentales parecían augurar un amor tan constante y duradero como el de sus antecesores, los sentimientos que Amadís de Grecia siente por Lucela se tambalearán cuando se cruce en su camino la hermosísima Niquea. El caballero, desde ese momento, verá sus sentimientos divididos entre estas dos doncellas. El desgarrador dilema amoroso aparece reflejado en los sueños del héroe, en los

<sup>32</sup> (...) el Cavallero de la Ardiente Espada, como vio a la princesa Luscela, aunque estava flaca, su corazón súbitamente fue rasgad[o] con la vista de aquella hermosa infanta, sintiéndose tan preso de su hermosura, desde la ora que la vio su corazón pasó muchas cuitas y mortales desseos más que cavallero jamás pasó, como adelante la historia lo contará (Feliciano de Silva, *Amadís de Grecia*, ed. de Ana Bueno González y Carmen Laspuertas Sarvisé, Alcalá de Henares, Centro de Estudios Cervantinos, 2004, p. 88). Todas las citas de esta obra en el presente estudio proceden de esta edición.

<sup>33</sup> Se trata del momento en que el héroe tiene noticias del interés de Leonorina por él. En la nota 16 se transcribe el momento en que la ve por vez primera, donde se constatan efectos muy parecidos.

<sup>34</sup> *Lisuarte de Grecia (Libro VII de Amadís de Gaula)*, ed. de Emilio J. Sales Dasí, Alcalá de Henares, Centro de Estudios Cervantinos, 2002, p. 22.

que ve su corazón arrebatado por ambas damas<sup>35</sup>. Aunque, como él mismo afirma, incluso en sueños y antes de haber visto jamás a Niquea, su hermosura le parece claramente superior a la de Lucela, no duda en expresar su indecisión sentimental:

—¡O, cativo de mí, el más apassi[o]nado cavallero que nació!  
¿Cómo puedo bivar apassionado de dos tan grandes y excelentes  
y hermosas princesas que sin duda me conviene morir sin saber  
lo que de vós hazer? ¡O, mi corazón repartido en dos partes! (...)  
¡O, mis señoras Niquea y Luscela, dadme ley en cómo vos pueda  
servir sin que a ninguna ofenda! (p. 301).

Finalmente la superior belleza de Niquea provoca en el héroe un amor todavía más fuerte que el que siente por Luscela. Así se demuestra en los pasajes que describen los encuentros amorosos de estos jóvenes, en los que su amor se presenta con pinceladas de neoplatonismo, quizá para asegurar al lector que los sentimientos de Amadís de Grecia por Niquea son definitivos y evitar toda duda sobre su comportamiento sentimental posterior:

Assí passaron con mucho plazer toda la noche, que aunque fuera ciento se les hizieran menos tiempo que una ora, como en los semejantes contentamientos suele acontecer, que de la gloriosa conversación y comunicación de sus coraçones y conversación nace tal conformidad, que los coraçones dos convertidos en uno por la igualdad del verdadero amor no menos cualquier tiempo se les haze que aquel que el ánima para se apartar del cuerpo por grande que sea le parece, como aquí con verdad se puede dezir, que cada uno era ánima y cuerpo suyo y de aquel que entre sus braços tenía con tanta gloria cuanta en esta vida con el desseo se puede esperar (*Amadís de Grecia*, p. 472).

Con estas palabras Feliciano parece querer justificar a su héroe: aunque no ha sido fiel a su primer amor, no por ello hay que pensar que sus sentimientos no fueran puros y verdaderos, tan sólo que no son tan fuertes como el profundo amor que siente por Niquea. Es más, el héroe vivirá, incluso después de su boda con Niquea, atormentado por el recuerdo de su primer amor. En este sentido, Amadís de Grecia representa un modelo amoroso bien distinto a los donjuanescos Galaor o Rogel de Grecia. El amor que siente el hijo de Lisuarte de Grecia es un sentimiento puro, pero no eterno.

---

<sup>35</sup> “y, como ellas acabavan de de[zir] estas palabras, y que viendo qu’él no quería responder y determinarse, pareciale qu’ellas con sus hermosas manos le abrían los pechos y le sacavan el corazón, y que, partiéndolo por la mitad llevaba cada una d’ellas el medio, desaparecia[n]”, (*Amadís de Grecia*, p. 301).

Por tanto, podríamos considerar que existen tres actitudes eróticas fundamentales o prototípicas en la saga amadisiana:

1. Fidelidad exclusiva a una única dama (Amadís de Gaula / Oriana; Esplandián / Leonorina), con la variante del caballero que, tras perder a su dama, vuelve a encontrar el amor (Lisuarte / Onoloria, Lisuarte/Abra).
2. Comportamiento sexual desinhibido, llegando a la infidelidad (Galaor y Rogel de Grecia).
3. Fidelidad exclusiva a una única dama, hasta que es sustituida en el corazón del caballero por un nuevo amor, al que también guarda fidelidad exclusiva (Amadís de Grecia / Lucela → Amadís de Grecia / Niquea).

No obstante, el comportamiento sentimental del héroe puede cambiar a lo largo del ciclo. El caso más representativo es el de Rogel de Grecia. En el último libro de la serie, este héroe ha de redimirse de su casquivano pasado ante su amor definitivo, Arquisidea. Pero su vida anterior no se olvida fácilmente, por lo que será necesaria una prueba mágica que borre definitivamente su ajetreado comportamiento sexual y evite cualquier sospecha con respecto al amor que siente por su dama.

La prueba se narra en el segundo libro de la *Cuarta parte de Florisel de Niquea*, y se trata de una ordalía que recuerda al Arco de los Leales Amadores y otras pruebas para determinar el amor más puro y verdadero. La aventura, que se llama del Desengaño del Engaño de Amor, resulta especialmente peligrosa, pues fracasar implica morir abrasado; por el contrario, salir victorioso en ella significa que se siente el amor más puro: los amantes que puedan cubrirse con mantos mágicos de los reyes de Gandalia y no perecer, mostrarán en su rostro el que tengan grabado en su corazón. Cuando Rogel y Arquisidea se ponen los mantos, se transforman el uno en el otro, y se disipan así todas las dudas sobre el amor que el caballero –tan libertino antiguamente– siente por su amada.

Es más, este personaje también ejemplifica el tercero de los modelos de comportamiento erótico, pues justo antes, la pasión de Rogel se había visto dividida entre Sinestasia y Arquisidea, repitiendo el esquema de Amadís de Grecia con Lucela y Niquea<sup>36</sup>.

En cualquier caso, si bien es cierto que los tres esquemas básicos de comportamiento amoroso funcionan claramente como prototipos en los textos amadisianos, también es cierto que las

---

<sup>36</sup> No obstante, no hay que olvidar que Sinestasia es muy semejante a Arquisidea; se la llama en ocasiones “retrato de Arquisidea”; incluso Arquisidea confunde algún retrato de aquella con uno de sí misma.

actitudes sentimentales de estos héroes resultan mucho más complejas de lo que pudiera pensarse y, aunque en varias ocasiones se acuda a tópicos para reflejar el amor, la aparición de éstos implica en cada caso diferencias de matiz y de significado.

### 3. DAMAS ENGAÑADAS Y DESPECHADAS

Como era de esperar, esta compleja trama de relaciones sentimentales dejará por el camino a numerosas doncellas rechazadas por fieles caballeros, abandonadas por nuevos amores, o directamente engañadas por seductores impenitentes. Entre estas damas ocupa un lugar especial Lucela, quizá la peor tratada de las mujeres del ciclo: enamorada de Amadís de Grecia, disfruta de su amor durante un tiempo en que sólo ella ocupa el corazón de este héroe; todo parece indicar que es la destinada a casarse con este caballero, bisnieto del fiel Amadís de Gaula. Pero, como ya se ha señalado, su vida sentimental se trunca cuando la hermosa Niquea se cruza en el camino de su amado y consigue arrebatárselo. Ya sabemos que, aunque los sentimientos de este caballero fluctúan constantemente entre las dos, el héroe termina decidiéndose por su segundo amor y abandona a Lucela.

Esta dama injustamente despechada se convierte en modelo de comportamiento y clave para entender mejor a otras damas abandonadas del ciclo. Lucela, al final del *Amadís de Grecia* (1530), escribe a su amado una carta en la que, como las heroínas ovidianas, se queja de su infidelidad:

Luscela, princesa de Sicilia, desheredada de su señorío por el encubierto engaño y arrepentimiento por tan injusto gualardón de su limpio y verdadero amor, a ti, el desconocido y desleal tanto como valiente Cavallero de la Ardiente Espada por no te llamar por el nombre donde jamás pudo caber tal deslealtad, salud, para que con ella te dé fatiga la grande culpa de tu yerro y el tiempo a mí satisfacción y vengança. Del principio de lo qual te pregunto si eres tú aquel que de las hazañas de su fama la tierra estava espantada y el cielo matizado hasta la cumbre con la grandeza de la gloria d'ellas (...). Por cierto, si dolor en esto tengo ya no es de mí por conocer que tengo el pago de aver amado a aquel que no solamente no merecía ser amado de tal donzella, mas ni yo de gozar de tal pensamiento, mas tengo la de aquellos que con tanta sangre redimieron la que tales avías de escurecer, y tengo la de aquella que de tanta hermosura avía de ser dotada para emplearla en tan desleal cavallero. (...) Por lo qual yo me daré tan buena vida quanto hasta aquí el engaño de tu muerte me á dado al revés, para que ni tú te llesves la gloria de mi honestidad ni yo la

manzilla de tu yerro, no por aver amado la que tú no mereces y todo el mundo merece servir, mas por aver falsado aquel verdadero amor que con tanto trabajo en los coraçones y peligros en las personas tus padres con tanta gloria sostuvieron, y aquel que a mi grandeza eres deudor y a la verdad y fe de la tuya obligado (p. 554).

Lucela reprocha a Amadís de Grecia que no haya mantenido la fidelidad propia de su linaje (fidelidad reconocida por todos, como hemos visto). La personalidad de esta dama se presenta fuerte y decidida: su carta, de tono más solemne que iracundo, concluye aludiendo al “verdadero amor” que el caballero debía a su “grandeza”.

Como ella, la reina Sidonia también se queja tras ser abandonada por su fingido marido, Moraizel, que en realidad no era otro que don Florisel de Niquea, como se narra en las tres primeras partes de *Florisel de Niquea* (1532 y ¿1535?). Esta reina da muestras de mayor furia que Lucela. No obstante, frente a ésta, Sidonia no tiene motivos para quejarse: esta dama había promulgado leyes injustas que hubieran llevado a don Falanges de Astra a la muerte de no haberlo impedido Florisel, fingiendo querer casarse con ella. Efectivamente, Sidonia había decidido que en sus territorios (la isla de Guindaya) se prohibiera el matrimonio secreto; cualquier propuesta de enlace había de ser pública y, por ley, forzosamente aceptada; quebrantar esta norma implicaba morir ajusticiado. Estas leyes habían sido promulgadas por Sidonia al enterarse precisamente del abandono de Lucela por Amadís de Grecia. Su rigurosa actitud tampoco es presentada como solución, ya que se elimina la libertad a la hora de elegir cónyuge y, por tanto, impide rechazar un pretendiente que no se ame.

Esta injusta ley va a afectar a Falanges de Astra cuando, en compañía de Florisel de Niquea, llegue a la Isla de Guindaya: la reina Sidonia se enamora de él y le pide matrimonio; cuando éste la rechaza es condenado a muerte; para evitarlo, Florisel, que ha adoptado la personalidad de Moraizel, solicita la mano de Sidonia, que ha de aceptar si no quiere morir a causa de sus propias leyes; de esta manera, Falanges se libra del peligro. Finalmente los héroes abandonan la isla, de forma que la rigurosa Sidonia pierde al que creía su marido tras el falso matrimonio –falso, ya que Florisel no lo contrajo por amor, sino por salvar a su amigo, y, además, bajo una identidad fingida– y que, por si fuera poco, la ha dejado encinta. Las consecuentes quejas de Sidonia en la *Tercera parte de Florisel de Niquea* también recuerdan la actitud de muchas de las heroínas de Ovidio:

¡Ó, mi Moraizel, con cuánta fuerça de la mía se apareja el desseo de tu vengança! Pues por ofrecer yo a ella tu cabeça, no menos que la vida, dexando el alma a la obligación de mi fama, ofreceré, pagando con la vida a lo que devo en el dolor de tu muerte y el amor que te tengo; y con la muerte tuya lo que devo a la vida de mi fama en satisfacción del engaño que me feziste, para que en dos tan grandes estremos de amor y desamor se halle el medio de mi limpieza (p. 9).

Los lamentos de Sidonia —en los que Silva hace gala de una retórica que décadas más tarde será parodiada en el *Quijote*— expresan el dolor y la ira de una dama injustamente abandonada. Las protestas de esta reina continúan, ahora dirigiéndose a su amado con su verdadero nombre, Florisel, pero en el mismo estilo alambicado del fragmento anterior:

¡Ó, don Florisel de Niquea, con cuánta [más] ventaja gozo yo del dolor de tu descanso que tú gozaste de la cautela para gozar de mi gloria! ¡Ó, amor, y para qué me quexo yo de tus sinrazones, pues más fuerça en ti la sinrazón tiene que la razón! Por do no es justo quexarse de ti el que conoce, en ti, que no saliendo de tu natural usas de tu oficio. ¡Ó, Elena, y qué fue la razón que gozasses tú de mi gloria sino la poca que en los amores ay! ¡Ó, que quiero dar fin a mis razones por la sinrazón que hago de quexarme de aquel que no la guarda en sus leyes! (p. 10).

La reacción de Sidonia es absolutamente coherente: ella considera que ha sido abandonada por su marido, es más, que ha sido engañada. Ha entregado su virginidad a un caballero que finalmente se descubre como un extraño. Su ira y su furia resultan comprensibles. Se siente tan despechada como lo había sido Lucela, por quien había promulgado las leyes que habían causado todo el problema, pero no entiende los lícitos motivos del comportamiento de Florisel. Su reacción no puede ser otra que la que transmiten sus palabras, la de una dama que, como una nueva Dido o una segunda Ariadna, lamenta la deslealtad del hombre al que amaba.

Por su parte, Arlanda es otra de las doncellas rechazadas por un héroe: Florisel de Niquea. No obstante, su situación es distinta, ya que no se trata de un caso de deslealtad amorosa, sino todo lo contrario, de extraordinaria fidelidad, si bien a otra dama. Efectivamente, Arlanda no puede evitar enamorarse de Florisel, pero éste vive obsesionado por Silvia<sup>37</sup>. Este es el momento tan

<sup>37</sup> La historia se narra en *Florisel de Niquea (partes I y II)* de Feliciano, obra de 1532.



criticado por algunas doncellas –un tanto desvergonzadas– del ciclo, que consideran que un caballero no puede rechazar una hermosa dama que le ofrece sus favores. La honestidad de Florisel en relación a Silvia y el consecuente rechazo de Arlanda no es, por tanto, motivo de queja por parte de la dama. Y menos aún si tenemos en cuenta que, frente al caso de Sidonia, en el que la reina fue engañada, aquí es el caballero el embaucado (Arlanda, al ser rechazada, se hace pasar por Silvia para gozar de los amores de don Florisel; de resultas de estos encuentros se queda embarazada). Es más, la fidelidad de la que hace gala Florisel no es sino un motivo más para que Arlanda lo ame. A pesar de que sufre por su amor no correspondido, la actitud del caballero no provoca su ira.

En cualquier caso, aunque Arlanda no puede quejarse del comportamiento de Florisel, pertenece al grupo de las damas rechazadas que viven tristemente su amor imposible, como, en el texto de Montalvo, Briolanja<sup>38</sup>.

#### 4. CATARSIS AMOROSA: LA MAGIA REDENTORA Y EL RECUERDO SANADOR.

A lo largo de décadas, numerosos caballeros del linaje griego habían ido dejando maltrechos los corazones de diversas damas a las que rechazaron o a las que, a pesar de su fama de amantes fidelísimos, abandonaron por otro amor. Todas estas damas sufren por haber sido –justa o injustamente– rechazadas y abandonadas. Su dolor reaparece en varias de las partes de la serie amadisiana como posibilidades argumentales que parecían no cerrarse nunca. Feliciano quiso liberar a todas estas damas de sus cuitas amorosas: el regidor mirobrigense no podía dejar a estas pobres mujeres sufriendo, y mucho menos la más honesta de ellas, Lucela. Así, el segundo libro de la *Cuarta parte de Florisel de Niquea*, claramente orientado hacia lo amoroso, cierra casi todas las historias sentimentales no resueltas, esto es, aquellas de amor no correspondido.

No era una tarea fácil, pero el universo caballeresco contaba con su *deus ex machina*: la magia. Y así Silva inventó una aventura maravillosa para lograr sus objetivos. Esta aventura es obra del “disfrazado servidor” que quiere añadir mayor esplendor a las bodas de Rogel de Grecia y de Arquiseida: ante los palacios

---

<sup>38</sup> También podemos recordar la figura que quizá influyó en la creación de Briolanja, la dama de Escalot en el ciclo artúrico. Vid. Carlos Alvar, *El rey Arturo y su mundo*, Madrid, Alianza Editorial, 1991, pp. 154-155, así como *La muerte del rey Arturo*, trad. de Carlos Alvar, Madrid, Alianza Editorial, 1980.

imperiales aparece un recinto amurallado de imponente presencia rodeado por un tupido bosque. A las puertas del recinto puede leerse una redondilla que indica que la suerte ha de decidir quiénes han de probar la aventura, y que en su interior se encontrará “lo que más quiere y no quiere”<sup>39</sup>. Pero el sorteo no implica en absoluto casualidad, ya que las parejas que se forman para penetrar en el recinto son parejas rotas.

Los primeros en probar la aventura son, precisamente, Amadís de Grecia y Lucela. Una vez en el interior del recinto, cada uno toma su camino. Finalmente llegan por separado a un inmenso arco del que pende una misteriosa esfera en la que verán su historia sentimental. Ese reflejo es minuciosamente relatado por Feliciano que evoca así los acontecimientos fundamentales de la relación entre estos dos personajes.

Cuando el héroe ve y, más que recordar, revive su vida amorosa con la dama, no puede por menos que lamentar su trayectoria sentimental, dirigiéndose directamente a Lucela como si estuviera presente:

(...) el emperador le parecía que se vía en la hermosa y limpia poma presente de sí a su señora Lucela de la suerte que la primera vez que la vio, cuando la quitó en la laguna de do la jayana muger del gigante Frandalón Cíclopes la llevaba, como la primera parte de la historia de este príncipe lo contó; lo cual visto por él con gloria de tal servicio començó como que con ella hablasse sintiéndose muy llagado de su hermosura y faborecido con el presente servicio:

—¡Ó, mi señora!, suplico a vuestra gran virtud que no al yerro de mi poca firmeza la vuestra merced quiera mirar, más a la obligación de el presente [ser]vicio, dónde por daros libertad yo la pude a vuestra causa perder.

Y pareciéndole que sin que él fuesse parte dexallo de hazer iva andando en torno de la hermosa y passando más adelante púsose delante aquella admirable merced que della rescibió, (...), que, como la vio puesta en sus braços dentro en la poma, tan natural como passó, dixo sospirando:

—¡Ay, amor, y para qué me presentas tal gloria para mayor pena de el presente disfavor de mi señora!

Y passando más adelante vio la hermosa y admirable altura de la ínsula de Argines con todo lo que passó con el espada atravessada por la hermosa infanta Gradafilea que estava sacándola, que como la vio, dixo;

—¡Ay, mi señora, y para qué tornáis la vida quitando la muerte para mayor muerte al que con la vida que en vos en la muerte

---

<sup>39</sup> “Al que la suerte cupiere / de provar el aventura / amostrarle ha la aventura: / lo que más quiere y no quiere” (fol. 131rb).

pusistes, pudo contra vós hazer tal deslealtad! ¡Ay espada, cuán mejor fuera jamás aver salido de mi corazón, que no que saliera<r> para dexar vida con tu salida para <mayos> [mayor] muerte! ¡Ó, muerte sin esperança de jamás hallar la vida!

Y passando más adelante vio quando en la Gran Bretaña libró a esta princesa de las manos de los gigantes que presa la llevavan, y viéndola dixo:

–¡Ay, Dios, y cuán grande es mi yerro contra vós, mi señora! Pues los presentes servicios no me dan esfuerço para esperar lo que quanto más por ellos en vuestro acatamiento pude merecer, más la razón para desmerecer en dolor con aver errado contra vós (fol. 132).

De esta manera el héroe continúa contemplando su propia vida sentimental: la irrupción de la hermosa Niquea, los episodios en que se disfrazó de doncella bajo el nombre de Nereida para poder estar cerca de ella y, en general, todo el proceso que concluyó con el abandono definitivo de su primer amor. Feliciano alude puntualmente a todos estos acontecimientos que se narran en el *Amadís de Grecia* (1530) y logra que el lector recuerde el que es sin duda uno de los dilemas sentimentales más intensos de todo el ciclo.

Por su parte, por el otro lado Lucela camina rodeando la esfera mágica donde contempla su historia amorosa. Finalmente sus pasos alrededor de esta esfera convergen y “el uno con el otro se vinieron a encontrar teniendo presente todo lo que rodeando la poma avían visto” (fol. 132). Se trata del momento culminante de la prueba: en Amadís de Grecia ha renacido su pasión por Lucela. Aunque esta pasión jamás lo había abandonado del todo y también a él le había hecho sufrir, la presencia de su amada Niquea siempre lo consolaba, pues el amor que siente por ella es superior a los sentimientos que Lucela despierta en él; no obstante, después de haber visto toda su historia en la esfera, no puede por menos que caer rendido a su primera pasión:

¡Ó, mi señora! ¿Quién pudiesse daros a conocer lo que siento y con que no sintiese la vuestra merced la poca razón de mi parte que para sentillo de la vuestra la vuestra merced tiene, y quién pudiesse mostraros mi mal fuera de aquel mal de aver falsado el bien que en él solía tener? ¡Ó, quién pudiesse con las palabras encarascer lo que con ellas tan barato se compra de lo que tan caro de mis dolores me cuesta? ¿Y quién pudiesse mostraros con cuánta mayor crueldad la fuerça de vuestra vista me puede herir que en el principio de veros me causava? ¿Ay, que me cansa la vida, la muerte me tiene olvidad<a>[o]! (133va)

Ahora Lucela puede liberarse de su sufrimiento, al rechazar las palabras del caballero. Es más, afirma con rotundidad: “acordarte as que Lucela no puede acordarse de quien así la olvidó (...) con que acabo, para poner en esto el cabo que tu pusiste al principio (133v)”. Lucela se ha liberado, por fin, de la pena de verse injustamente abandonada; ahora, tras esta experiencia catártica, está libre de su pasión. De esta manera, Feliciano parece haber querido hacer justicia con ella: Amadís de Grecia ha pagado con sus propios sentimientos el dolor que causó en la doncella, y sale de la aventura avergonzado y con los ojos enrojecidos por el llanto.

Por la misma prueba pasarán Florisel y Arlanda. Aunque, como hemos visto, la dama no tiene motivos de queja, la esfera le tiene preparada una desagradable sorpresa que hará que olvide su pasión por el caballero. Efectivamente, Arlanda contemplará el fingido matrimonio entre Florisel (bajo la personalidad de Moraizel) y la reina Sidonia; comprobará de esta manera cómo este héroe, que la rechazó por lealtad a Silvia, no sólo ha olvidado a ésta, sino que entre tanto ha tenido la oportunidad de dejar embarazada a Sidonia, para finalmente acabar casado, esta vez de verdad, con Elena. Arlanda, al ver todo esto, se libera de los sentimientos que el “leal” caballero despertaba en ella: se da cuenta de que fue rechazada por quien ha pasado por los brazos de otra, sin amarla y sin compromiso alguno, e incluso se ha enamorado de una tercera persona que no era Silvia, a la que finalmente olvidó. Florisel, que lamenta profundamente haber hecho tanto daño a Arlanda, sufre en sus propias carnes el dolor que ha causado. Con ello, Feliciano libera a otra de las damas rechazadas del ciclo y da por zanjada su pena.

Otra de las parejas que pasa por la prueba de la esfera es la formada por Lucidor y Elena. En esta ocasión no se trata de una doncella rechazada por un caballero, si no lo contrario: es Lucidor quien lamenta que Elena lo olvidara para casarse con Florisel. Durante la prueba, el caballero “viendo todo lo passado presente junto con la gran hermosura de la princesa que ante sí tenía aquella cruel y vieja llaga le fue renovada” (fol. 169vb). A pesar del dolor, también a él le espera la catarsis, pues finalmente expresa a Elena que se alegra de todo, pues gracias a ello pudo alcanzar la mano de una dama “con tanto valor, linage y hermosura que sobra a todo lo que a todo contentamiento se deve” (*Ibid.*). Pero Lucidor, al igual que todos los caballeros, sale de la prueba con los ojos enrojecidos de llorar, lo que causa ciertas sospechas en su esposa Leonoria (“recibidos de la reina Leonoria, no le plugo de ver los ojos bermejos de su esposo”, fol. 170va).

Otros personajes tendrán la oportunidad de ver su pasado sentimental en la esfera, pero Feliciano se limita a enumerarlos sin detallar sus historias. Finalmente el artifice de estos prodigios, el “disfrazado servidor”, se revela como el duque Galístenis, padre de Sinestasia, enamorada sin remedio de Rogel de Grecia. De esta manera, Galístenis consigue transmitir a diversos miembros del linaje griego el dolor sentimental por el que ha pasado su propia hija, y recuerda una historia de amor dividido semejante a la de Rogel ante Arquisidea y Sinestasia, la de Amadís de Grecia con Lucela y Niquea<sup>40</sup>.

La función catártica de la prueba resulta psicológicamente mucho más convincente que el agua de Felicia en *La Diana* de Jorge de Montemayor. La personalidad de los héroes de Silva presentan una mayor consistencia y hondura no siempre bien percibida por la crítica.

Pero la citada prueba mágica no es sólo un recurso al que Silva acude para solventar problemas funcionales, sino que también sirve a otros intereses. Todo este segundo libro de la *Cuarta parte de Florisel de Niquea* mira hacia el pasado, no hacia el futuro, a diferencia de otras obras caballerescas cuyas aventuras interrumpidas hacen que el receptor avance a ritmo de andadura caballeresca hacia su desenlace, que sólo se alcanza una vez se han narrado otras aventuras que a su vez culminarán posteriormente. Así se van engarzando historias que logran mantener al lector expectante como un nuevo sultán Al-Raschid ante los cuentos de Scherezade.

Pues bien, Silva decidió romper esta continuidad en su última obra caballeresca, y cerrar su espléndida aportación al ciclo amadisiano. De ahí que sean constantes los recuerdos a acontecimientos pasados, y que se incida en la importancia del paso del tiempo y en la senectud de algunos de los héroes. Evocando acontecimientos anteriores Silva pretendía, por una parte, transmitir la sensación de paso del tiempo y, por otra, conseguir que esta *Cuarta parte*, en especial el segundo libro, se convirtiera en un broche final de la serie amadisiana, un broche en el que se recordara, con cierta nostalgia, todas las entregas anteriores y que concluyera definitivamente las enrevesadas historias sentimentales que había ido desarrollando a lo largo de varias décadas. Por ello, Feliciano decidió liberar de sus penas de amor, con la magia del “disfrazado servidor”, a las doncellas que tanto habían sufrido en sus textos.

---

<sup>40</sup> Precisamente Sinestasia, rechazada por Rogel de Grecia, es una de las pocas historias que Silva deja en suspenso al final de la *Cuarta parte de Florisel de Niquea*.

## 5. CONCLUSIÓN: MEMORIA Y REVISIÓN DEL PASADO EN LA OBRA DE SILVA

Feliciano de Silva es el gran renovador del género caballeresco. Introdujo la temática pastoril, renovó su lenguaje, hizo que la filosofía neoplatónica se filtrara en el amor caballeresco y, en general, logró introducir rasgos renacentistas en un género de raíces medievales. Pero uno de los logros más llamativos es la incorporación del tiempo en el universo mítico amadisiano<sup>41</sup>.

Sin duda el tiempo es un tema que le preocupaba profundamente a Silva, especialmente cuando componía, en los últimos años de su vida, la *Cuarta parte de Florisel de Niquea*. Feliciano expresa esa preocupación de forma explícita en el texto: en una determinada ocasión se narra el desfile de cuatro carros, que son los del Amor, la Fama, la Muerte y, finalmente, el Tiempo; el rey de armas de cada uno de ellos recita una composición sobre estos temas; el del Tiempo es el siguiente:

El tiempo passado y el tiempo  
presente  
el venidero lo pone en olvido; y,  
pues que el passado será lo  
presente,  
yo pongo en tal cuento el que no  
es venido;  
y sólo del tiempo por tiempo es  
tenido  
aquel que en virtud y bien fue  
gastado;  
y tiempo sin tiempo podrá ser  
llamado  
el tiempo que en vicios fue tiempo  
perdido.

Y, pues que gastado el tiempo tenéis,  
el tiempo que en tiempo con tiempo  
no acaba  
la fama que el tiempo con tal gloria  
alaba  
en tiempo presente contino tendréis,  
y así en lo salvado de olvido podréis  
el tiempo passado, futuro y presente  
con fama con gloria memoria  
excelente  
que en siglos de siglos jamás gozaréis  
(fol. 137r).

Tiempo y memoria se encuentran profundamente vinculados en los textos de Feliciano. A lo largo de todo el ciclo se evocan aventuras acaecidas en entregas anteriores<sup>42</sup>, pero lo cierto es que

<sup>41</sup> Analizo la incorporación del tiempo en el mundo caballeresco (normalmente considerado plano y estático) en el artículo "Amadís de Gaula humanizado: vejez y melancolía en la obra de Feliciano de Silva", *Studia hispanica medievalia*, 8 (2009) [en prensa]. En este artículo también señalo que en esta obra se puede comprobar que también los héroes caballerescos llegan a sentir el paso del tiempo, que sienten nostalgia por tiempos pasados y que sus cuerpos revelan señales de senectud.

<sup>42</sup> Sobre el recuerdo de algunos episodios de entregas anteriores en un libro concreto del ciclo, *vid.* Sydney P. Cravens, Sydney P., "Feliciano de Silva reivindicado por Feliciano de Silva", *Nueva Revista de Filología Hispánica*, XLVIII, (2000), pp. 51-69 (esp. p. 65).

en la última de las partes del ciclo la mayoría de los hechos que se recuerdan no son las glorias pasadas, sino tristes historias de amor y escenas que causan cierta melancolía en el personaje que recuerda y, por ende, en el propio lector<sup>43</sup>.

En el segundo libro de la última entrega amadisiana de Silva, algunas de las aventuras parecen surgir como pretexto para que uno de los héroes recuerde un determinado momento de su pasado; así, por ejemplo, en el capítulo LXXXIX, el príncipe Anastarax se encuentra en su andadura con tres doncellas sentadas cerca de una fuente en un idílico paraje natural. Esto le trae a la memoria la primera vez que contempló a su hermana Niquea en compañía de las infantas Brizeida y Deyamira, “la noche y primera vez que la vio, y de sus amores fue vencido” (fol. 156vb). El recuerdo reabre la llaga de amor y hace palidecer al héroe: “así que la vieja herida con la memoria puso tal sobresalto al príncipe que color en su hermoso rostro no quedó que fuese de buen parecer” (*ibid.*). Se trata de una historia de amor imposible, ya que el héroe se enamora de su propia hermana, y, en consecuencia, sufrirá la aventura mágica del Infierno de Anastarax. Finalmente se ve liberado de su incestuosa pasión y se casa con Silvia<sup>44</sup>.

La escena recuerda vagamente a uno de los momentos del *Conte du Graal* de Chrétien de Troyes, en el que Perceval se queda ensimismado viendo tres gotas de sangre en la nieve, lo que le hace recordar el color del rostro de su amada Blancaflor. Las diferencias también son notables, pues el tono cortés y placentero del ensimismamiento de Perceval es distinto al profundo dolor que el recuerdo provoca en Anastarax. Al igual que en la prueba del “disfrazado servidor”, un héroe revive una antigua pena de amor, si

Asimismo, resulta muy interesante el artículo de Claudia Dematté, “Memoria *ex visu* y empresas caballerescas: de la *Gran Conquista de Ultramar* a los libros de caballerías con una referencia al *Persiles*”, (en *Peregrinamente peregrinos: actas del V Congreso Internacional de la Asociación de Cervantistas*, coord. por Alicia Villar Lecumberri, Lisboa, Fundação Calouste Gulbenkian, Vol. 1, 2004, pp. 331-350), donde analiza las representaciones pictóricas y escultóricas en textos literarios y su relación con la memoria. En concreto señala momentos de diversas entregas amadisianas en las que el reflejo artístico de acontecimientos pasados en otras partes del ciclo sirven para que el personaje y el lector recuerden dichos acontecimientos: “las historias que para el observador despiertan no tanto la memoria colectiva (la Historia) sino la memoria personal de hechos conocidos (la historia)” (p. 107).

<sup>43</sup> Es cierto que en alguna ocasión también se recuerdan tristes episodios sentimentales en entregas anteriores del ciclo. Claudia Dematté señala uno de esos momentos, que pertenece a la *Tercera parte de Florisel de Niquea*, en que Sidonia ve reflejada su historia sentimental en un enorme fresco (art. cit., p. 106-107). No obstante, en el último libro del ciclo el tono melancólico es mucho más marcado que en otras partes de la serie amadisiana.

<sup>44</sup> Silvia, a su vez, había despertado la pasión en su sobrino Florisel, quien, precisamente casará con Niquea, hermana de Anastarax. En la *Segunda parte de Espejo de príncipes y caballeros* de Pedro de la Sierra, el héroe, Claridiano, se enamora de su propia hermana, Caicerlinga, ignorante de este parentesco. *Vid.* Pedro de la Sierra, *Espejo de príncipes y caballeros (segunda parte)*, ed. de José Julio Martín Romero, Alcalá de Henares, Centro de Estudios Cervantinos, 2003.

bien en esta ocasión no se produce el efecto catártico de la aventura mágica.

En otras ocasiones el recuerdo se narra con cierto detalle como es el caso de Amadís y el episodio de la Peña Pobre, en el capítulo LXXXII de la obra. Por su parte, Florisel tendrá oportunidad de recordar su pasado pastoril cuando se reencuentre con personajes con los que convivió en esa etapa de su vida: Laterel Silvestre y los padres de Darinel (cap. LXXXVIII).

Feliciano no sólo aumenta el caudal de aventuras caballerescas de las entregas anteriores, sino que también ofrece una constante revisión, discusión y debate sobre muchos de los acontecimientos narrados en las otras partes del ciclo. Esa constante revisión es una de las funciones fundamentales del recuerdo: quiere que el lector guarde en la memoria sus obras anteriores. Es consciente de que el recuerdo de episodios pasados –sobre todos los sentimentales– causa una sensación de nostalgia en el lector.

Pero no siempre la revisión y el recuerdo del pasado resultan tan nostálgicos; en ocasiones no duda en reflejar en sus textos opiniones claramente contrarias a los principios caballerescos, como las escenas en que se critica la excesiva fidelidad del linaje amadisiano, especialmente de Florisel, y se propone un comportamiento sexual abierto a diversas aventuras amorosas. Estas opiniones bien pudieron ser compartidas por parte de sus lectores. Al reflejarlas en sus textos daba cabida en sus páginas a diversidad de criterios de comportamiento y a pluralidad de opiniones, no siempre coincidentes con la ética caballerisca. Feliciano, en lugar de ofrecer pautas de comportamiento y de interpretación moral del texto, deja al lector la libertad de decidir cómo juzgar a los héroes de su ficción, demostrando un carácter asombrosamente moderno que anticipa la genial creación cervantina.

Recibido: 12/03/2009

Aceptado: 15/04/2009





RESUMEN: Los comportamientos sentimentales en el ciclo del *Amadís de Gaula* despertaron apasionados debates entre sus lectores. Silva reflejó estos debates en sus libros, en los que varios personajes expresan distintas opiniones sobre este tema. Algunos de ellos alaban la fidelidad, mientras que otros la rechazan de plano, hecho que revela la hondura psicológica de sus personajes. Este artículo analiza la forma como Feliciano presenta estos debates en sus libros de caballerías; también estudia cómo el autor cerró todas las tramas sentimentales inacabadas por medio de una aventura mágica que funciona como una catarsis para las mujeres rechazadas o abandonadas en las anteriores entregas del ciclo, lo que demuestra las habilidades narrativas de Silva y su propósito de cerrar el ciclo.

ABSTRACT: Sentimental behaviours in *Amadís* cycle provoked passionate discussions among its readers. Silva depicted these discussions in his books, where several characters express different opinions about this subject. Some of them praised fidelity, whereas others loathe it, a fact that reveals the psychological depth of chivalric characters. This article analyses the way Feliciano presents these discussions in his chivalric romances. It also studies how this writer closed all the unfinished plots of love stories by means of a magical adventure which works as a catharsis for those women that had been rejected or abandoned in the previous parts of the cycle, what shows Silva's narrative skills and his purpose of closing the cycle.

PALABRAS CLAVE: Feliciano de Silva, amor caballeresco, ciclo de *Amadís de Gaula*, *Florisel de Niquea*, libros de caballerías.

KEYWORDS: Feliciano de Silva, Chivalric Love, "Amadís" cycle, *Florisel de Niquea*, Chivalric books.